

promover y conservar la posible felicidad del pensamiento.

CAPÍTULO V.

República de la mente. Sus diversos ciudadanos. Incompatibilidad en el mando. El pensamiento ministro universal. En qué consiste el buen orden de toda sociedad. Código penal para los malos ciudadanos de la mente.

La mente humana es una república compuesta de toda clase de ciudadanos, á los cuales nosotros llamamos pensamientos: créense todos con igual derecho á dominar; aunque son de muy diversos procederes y condiciones. Unos son nobles, francos y de leal conducta; otros virtuosos, edificantes y sobremanera bienhechores; estos son bellos, plácidos y amables; aquellos graciosos, festivos y risueños. Si todos estos que, cada cual por su estilo, pudieran ser comprendidos bajo la denominacion de buenos, adquieren preponderancia en la república y ocupan los principales destinos, ¿no estará

bien gobernada, no gozará de la posible felicidad? Pero hay otros inquietos, alborotadores, impetuosos como un remolino; los hay soberbios, ambiciosos, iracundos como Luzbel; los hay desagradables, horrendos y atormetadores como el infierno; los hay feos como una vieja que desde niña fué fea; los hay téticos, oscuros y fúnebres como un cementerio á media noche. Si tales ciudadanos llevan el timon de la nave, ya se deja entender que el cielo se cubrirá de negras nubes, que el mar levantará sus encrespadas olas hasta las estrellas, que los vientos se desencadenarán furiosos, soplando con muy ruda violencia, y que el bajel zozobrará y estará siempre á punto de naufragar.

Así es: los malos pensamientos son tan crueles y funestos que muchas veces como término de su desoladora tempestad aconsejan el suicidio, y por desgracia en estos tiempos en que tantos se han desasido del áncora salvadora de la religion, se sigue el ruinoso consejo con frecuente escándalo de la sociedad. No he hablado de este horroroso extremo sino para indicar por sus frutos la naturaleza del árbol, que los da tan opimos. Si nuestra mente

es una república, cuya presidencia se disputan ciudadanos de tan diferente índole y condición, no es dudable que cuando la obtengan los buenos, será feliz, y desventurada siempre que se entregue en valía de los malos. Pero hay que observar que estos en el reino de la mente no pueden existir sin tener al mismo tiempo el mando supremo, pues hay en él una natural é irremediable unidad de existencia actual, que excluye toda coexistencia presente de otros pensamientos.

Es cierto que se pasa con admirable rapidez de un pensamiento á otro, y es muy posible que en un cuarto de hora sean muchos los que hayan venido, no se sabe de dónde, para desaparecer muy luego; mas en un momento dado uno solo existe, uno solo reina. Es un ministro único y universal, que segun él es, así tiene á su reino. Si es alegre, le regocija; si es triste, lo oscurece; si es rabioso, lo enciende en ira; si es bello, lo hechiza. Por manera que en los demás estados, aunque haya malos ciudadanos, no son tan perjudiciales ni tan temibles cuando no ejercen autoridad, porque en sus casas y desarraigados no pueden hacer tanto daño, y además

su influencia está contrarestada por la de los buenos, en especial cuando estos son mandarines.

Sobre todo, el buen orden de cualquiera sociedad no estaria mal dicho que consiste en las leyes represivas, que impiden á los malvados el cometer desafueros, y hacen respetar de grado ó por fuerza la religion, las autoridades constituidas, la propiedad y la honra ajena, imponiendo severos castigos á los que las infringen. Si se prohíben pues los actos vituperables de los de dañadas intenciones, con mayor razon se los aleja de los destinos públicos, en que con la autoridad ensancharian el círculo de sus crímenes, haciéndolos formidablemente trascendentales y labrando la infelicidad de cuantos dependieran de ellos. Por eso los ascensos en todas las carreras son, ó al menos deben ser, para los que á su buena moralidad reúnen el mejor desempeño de sus obligaciones, en una palabra, son para la virtud. Si vemos lo contrario algunas veces, quiere decir que predomina el desorden, y es una lamentable excepcion de la regla general, y el verlo gran desdicha.

La república de la mente debe ordenarse

de igual manera y por los mismos medios que las humanas sociedades. Premiar el bien fomentándolo y reprimir el mal, hé aquí la esencia de todo orden; ni hay, ni puede haber otro que el observado por el mismo Dios, que emplea en esto su justicia augusta y su Providencia misericordiosa. Este orden es una imprescindible necesidad de todo estado social; es una condicion de vida y existencia. Y este orden esencialísimo es el que debe regir en la mente, cuyo código penal he simplificado sobremanera, pues para todos sus malos ciudadanos y para toda clase de delitos juzgo que debe establecerse una sola pena: la del destierro.

CAPÍTULO VI.

Necesidad de la constancia en la lucha con los pensamientos perniciosos. La mente comparada á las calles públicas. Los malos pensamientos ladrones de la paz y de la dicha.

Fulminada ya la sentencia de destierro á todo pensamiento pernicioso, resta saber si el penado la obedecerá. No negaré que hay en esto sus graves dificultades. Superarlas es el deber y la gloria de quien anhela el plácido descanso que sigue al triunfo. ¿Y cómo se conseguirá? Con la constancia en la lucha. Pensamiento que no es admitido, por lo regular se detiene muy poco, no hace mas que presentarse una y otra vez, y al fin cansado de sufrir repulsas, se va, como el que llama á una puerta y ve que no le quieren abrir. No hay como la reiterada negativa para despedir á cualquiera: no hay paciencia que resista á un nó repetido muchas veces. Lo mismo sucede con la gracia de Dios, da aldabadas al cora-

zon para que la reciba, y se retira al ver que se le niega la entrada; por esta causa enmudece para muchos la voz de las divinas inspiraciones.

No ignoro que hay circunstancias en que es difícil deshacerse de algun huésped importuno que tiraniza la mente, martirizando el corazón; pero acontece en tales casos lo que con un ejército que sitia una plaza: si no se le opone resistencia, entra en ella, la domina y la oprime como á vencida; si se le hace corta resistencia, sucede lo mismo, se apodera de ella; empero si la resistencia es obstinada, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, levanta el sitio y la deja en paz. No hay victoria sin lucha: todo bien es fruto del trabajo.

En la guerra con los pensamientos nocivos é impertinentes se alcanzan triunfos fáciles y multiplicados, que proporcionan dulcísimas ventajas y hacen disfrutar de paz blanda y halagüeña; no obstante, sería ilusión creer que esta se halle segura de todo asalto que la interrumpa, pues cabalmente donde mas se verifica la profunda sentencia de Job de que la vida del hombre es milicia sobre la tierra, es

en nuestro interior, en nuestra mente, campo de batalla de muy encontrados pensamientos. Siempre hay que pelear; siempre hay que estar alerta, porque el enemigo no duerme. Sin embargo, ¿quién no confesará que es mejor vencer que ser vencido? ¿Quién dudará que un ejército vencedor respira con mas holgura que un ejército vencido? Este huye, aquel se apodera de sus despojos, y domina tranquilamente en el conquistado territorio que va el fugitivo abandonando. Y mientras mas continuos son los triunfos, hay menos que temer del enemigo. Quien ha sufrido consecutivas derrotas, no está para emprender nuevos ataques.

Ni se alegue la desemejanza entre los combatientes de sable ó de fusil y los que en la mente humana luchan con solo presentarse, pues nadie ignora la fuerza de la costumbre sobre nuestras facultades intelectuales. Pudiera decirse que este es el resorte y el gran secreto de las mas admirables operaciones del entendimiento. Quien está acostumbrado á meditar halla placer y fruto en sus meditaciones; quien con frecuencia deja volar su fantasía á los mundos poéticos, la ejercita de tal suerte en ese vuelo que sus alas de fuego tienen la

impetuosidad del rayo, la rapidez del relámpago y la elevación del cometa que surca los aires; quien deja que su memoria se aletargue por falta de ejercicio, cuando pretenda despertarla, la hallará como muerta; quien se entrega á las especulaciones filosóficas sin ver nunca ni permitir que se le presente lo que se llama una florecilla de ingenio, será filósofo seco, sin jugo de elocuencia, sin movimientos del corazón, sin galas ni ornatos poéticos; quien solo piensa en amores profanos, difícilmente se elevará á la consideración sublime del purísimo amor de Dios. Tan poderoso es el influjo de la costumbre sobre los pensamientos. Asimismo, el tenerlos alegres, provechosos, nobles, encumbrados, ó vestidos de los resplandores de la virtud, aleja los tristes, los innobles, los bajos, los pecaminosos. Las frecuentes victorias alcanzadas sobre estos facilitan el triunfo de los buenos, y á veces hacen bastante duradero su plácido dominio.

Partiendo del principio de que jamás se acaba la interior guerra de que vengo hablando, para asegurar en lo posible las conquistas hechas por los pensamientos del buen bando, es preciso que estos no las dejen á

merced del enemigo, enflaquecido y no muerto, sino que las defiendan con respetables guarniciones. Quiero decir que no basta desechár los malos pensamientos, sino que es preciso guarnecer la mente con otros buenos que tengan ocupado el puesto (1). Los ladrones asaltan las casas que no tienen gente dentro. Los pensamientos perjudiciales son ladrones de la paz y de la felicidad interior, y con frecuencia las roban porque hallan la casa sin dueño. ¡ Ah, que jamás debieran entrar en la casa de nuestra mente! ¡ Qué lástima! La mayor parte de las cabezas de los hombres son para los pensamientos como las calles públicas, por las cuales pasan sin pedir licencia á nadie toda clase de ciudadanos, unos juiciosos, otros perdido el juicio, unos mancos, otros cojos, unos á manera de esqueletos y otros que apenas pueden andar por su obesidad y corpulencia, unos malvados como el alma de Judas y otros sencillos y virtuosos como el

(1) *Cum duas res simul cogitare non possumus, fit ut aliquid aliud cogitando, non cogitemus immunda.* Dice S. Gregorio hablando de un punto de moral.

inocente Abel. ¿Quién querría que su casa, donde en compañía de su esposa y de sus hijos, disfrutando de la herencia de sus padres ó del fruto de su trabajo, come, duerme, recibe únicamente á sus amigos, lee en su estudio á solas sus muy amados libros y guarda bajo de llave sus dulces y sus joyas, quién querría que se convirtiese en una calle, por donde todos transitan? Pues mas estimable que los dulces y las joyas guardadas bajo de llave es la paz y la dicha de nuestra mente, que ¡ay dolor! si no se toman exquisitas precauciones, es una calle frecuentada por mil gentes indignas de entrar en ella.

CAPÍTULO VII.

De los buenos pensamientos. Su provechoso estudio. Principiase á tratar de la belleza de los pensamientos. Ilusiones que deben evitarse en este punto.

Ya llevo indicado que para que no penetren con facilidad los pensamientos perniciosos es un medio excelente el que los buenos ten-

gan tomadas ventajosas posiciones, como el experto general que en el campo de batalla corre á apoderarse de las mejores para esperar en ellas al enemigo con fundadas probabilidades de batirle haciéndole fuego desde la eminencia que ocupa, y cuyo acceso es muy dificultoso para el que está en el llano al otro lado del barranco. Así pues, los buenos pensamientos deben siempre brillar dominando sobre el trono de la mente para defenderla de sus contrarios.

Y ahora cuento entre los buenos, no solo los que los moralistas tienen por tales, sino cuantos sin ofender en lo mas mínimo á la moral, contribuyan de algun modo á conservar la placidez del alma. Los que pueden comprenderse bajo aquella honrosa denominacion son verdaderamente innumerables, infinitos, y cualquiera ve que seria una absurda temeridad del todo vana el pretender sumergirse en ese piélago inmensurable. No hay quien no sepa qué ideas le complacen, aunque jamás haya pensado sobre esta materia. Pues bien, el secreto está en gran parte en hacer ese estudio suave y provechoso que jamás se ha hecho; que es como si una señora á quien gus-

tan ciertos manjares, los pusiera en lista y mandára que con frecuencia se los presentasen en la mesa. Pocos hay que no tengan sus platos favoritos; solo el pobre entendimiento no ha de escoger, ni repetir de aquello que le place, sino que se ha de contentar con lo que se le presenta, bueno ó malo, sabroso ó ingrato. ¿Y ha de ser el nobilísimo entendimiento de peor condicion que el paladar? Mas si ha de hacer algunas reflexiones sobre sus propios gustos para consultar la apacible elaboracion de su interna dicha, acaso convendrá ofrecerle curiosas observaciones, que le ahorren tiempo, le allanen en cierto modo el camino, y le preserven de ilusiones deslumbradoras.

Principiemos por la belleza de los pensamientos, pues cuando se entra en un pais ó en una ciudad, lo primero que llama la atencion del viajero, lo primero que puede conocer es la belleza de las campiñas, ó de los jardines, ó de los edificios; esta es como el fruto exterior de la laboriosidad, del ingenio, de los adelantos artísticos, y de las riquezas de sus habitantes. Y en estas mismas hermosas muestras exteriores de opulencia y prosperidad el hombre que no mira solo á la su-

perficie de las cosas, descubre en el pomposo y excesivo lujo un producto y un semillero de corrupcion, que traerá en pos de sí lamentable ruina y lágrimas y duelo, por lo cual no hay mucho que fiarse de falaces apariencias. Londres ostenta majestuosas bellezas, y encierra muchedumbres de miserables hambrientos, que ofrecen en sus escuálidas personas un espectáculo lastimero. No sean pues de este género las bellezas del pensamiento, que hayan de buscarse para regalo del alma. No se beba el veneno en copa de oro.

Hay pensamientos que tenidos por bellos, seducen al principio, y luego emponzoñan y ocasionan tormentos. Algunos ejemplos manifestarán la verdad y el fundamento con que hago esta importante indicacion. A un ciudadano, que tranquilo en el seno de su familia gozaba de cuantiosos bienes de fortuna, se le ocurre la idea aduladora de entrar en la esfera de los que figuran á los ojos del público, logrando un brillante empleo por medio de tal ó cual amigo: esta idea acariciada en su mente es bella, porque le complace sobremasera; mas dejad que pasen cinco dias sin conseguirse el empleo anhelado; desapareció

toda su belleza, ó si alguna le queda al ambicioso pensamiento, está mezclada de inquietud, desasosiego, desconfianzas, temores y zozobras. En medio de este aflictivo acompañamiento ¿qué dicha podrá emanar de la decantada belleza de tal idea? Para un comerciante es bellísima idea enviar á América un cargamento de géneros, que han de venderse á subido precio; la nave que lo lleva sale del puerto, y con el cuidado de los peligros que ha de correr en la azarosa navegacion, la idea pierde su belleza, y la incertidumbre del éxito de la expedicion agita al del hermoso pensamiento hasta introducir en su mente desconsoladora turbacion, abrumador cansancio, tristeza y mal-estar. ¿Y hay cosa que mas halague que un pensamiento de amor? ¿Y hay cosa que tenga mas espinas?

CAPÍTULO VIII.

Aparente belleza de ciertos pensamientos.

Los deseos. Doctrina de los Estoicos contraria á la naturaleza. Mal-estar del que mucho piensa en una misma cosa.

Dos clases de pensamientos. Qué debe hacerse con los que traen consigo alguna turbacion.

De las observaciones del capítulo precedente se deduce que los bellos pensamientos que envuelven ó traen consigo deseos mas ó menos vehementes de éxito incierto, son de una belleza solo aparente, y en realidad encierran copiosa dosis de amargura, y en especial cuando llegan á tener un marcado predominio, cuando acompañan á las horas de dormir, de comer y de pasear; entonces se convierten en una verdadera plaga interior, en una enfermedad de curacion difícil y que requiere medicinas muy fuertes y eficaces. Es de suma importancia prevenir con tiempo esta clase de males,